

Mas ya dejad esa manchada tierra  
 Por ver del ancho mar la costa brava,  
 Que á las ricas Asturias hace guerra,  
 Y en crespas olas sus arenas lava,  
 Donde el arado el oro desentierra,  
 O entre sus venas al cruzar se traba:  
 Tierra en el resto estéril y olvidada,  
 Y de sola esta hambre y sed buscada.  
 Los astóricos celtas por mineros  
 Las quebradas buscando de sus riscos  
 A sus puertos llegaron los primeros,  
 Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:  
 La que entre aquellos rios placenteros  
 A vueltas crece de hayas y lentiscos  
 Es Oviedo, y acá en la costa llana  
 La antigua poblacion de Santillana.  
 Aquí está de Monsagro la ancha cueva,  
 Que al santo cofre que de Siria vino,  
 Por sacro relicario y guarda nueva  
 La dió Pelayo, y su primado Urbino:  
 Y acá entre aquellas peñas, la que lleva  
 A todas en altura la de un pino,  
 Es Covadonga, humilde fortaleza,  
 En que hizo pié de España la braveza.  
 Allí los gajos corren de Idubeda  
 De la llana Navarra hasta Galicia:  
 Montesdoca es allí, allí la Fresneda,  
 Y allí Ebro de su fuente se desquicia:  
 La de Oja en aquel risco estrecho queda,  
 Y allí su nombre y aguas desperdicia  
 De la fértil Rioja en las vertientes,  
 De aire abrigado y belicosas gentes.  
 De Orbion el cerro con su muerto lago,  
 De arboledas cercado resonantes,  
 Es el que allí con movimiento vago  
 Asombra en su quietud los caminantes,  
 Y á ver descende el mauritano estrago  
 En torno de los muros mas constantes,  
 Que desde el mar de Calpe á su montaña  
 Contra la altiva Roma tuvo España.  
 Scipion la destruyó despues que tuvo  
 Tres lustros de años guerras sin dejallas,  
 Y contra Italia y su poder mantuvo  
 Su espada libre, y sanas sus murallas;  
 Gastando en lo que en esto se detuvo  
 Ochenta mil romanos en batallas,  
 Y no quedando en ella un hombre sano,  
 De quien triunfar pudiese el africano.  
 De aquí se arroja por Berlanga Duero,  
 Y de rosas nevado y de jazmines  
 A Osma baña y Gormaz, y en curso entero  
 De Aranda la ancha vega, y sus confines;  
 Y de rios cargado, mas ligero  
 Que por el mar Carpacio sus delfines,  
 Mejorado de pesca, del gran moro  
 Olid descubre el valle, y busca á Toro.  
 Allí entre verdes pámpanos sentada  
 Sobre un risco la halla por alfombra,  
 Llevando su corriente mejorada  
 Desde Simancas por el aire y sombra:  
 Toda del rio Pisuerga salpicada  
 La tierra en torno, y el que mas se nombra  
 De los vecinos rios, nombre y agua  
 Juntos á un tiempo en su cristal desagua.  
 Con esto llega á Toro, y de allí pasa  
 A bañar las Turquesas de Zamora,  
 Riega á Miranda, y por campaña rasa  
 En Portugal cuanto ha bebido lora:  
 Aquella es de Galicia tierra escasa,  
 La otra abreviada gente, la que mora  
 Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas  
 Los bracatos poblaron, y los celtas.  
 Porto es aquel, á quien los nobles galos  
 El nombre dieron, y él al reino todo,  
 Y Miño, quien por bárbaros regalos

Del rojo embije dió la mina y modo;  
 Galogreba por largos intervalos  
 Cetro conservó allí hasta el primer godo:  
 Esta es de Alia la fuente, allí está Lugo,  
 Que á la de Miño presta el primer jugo.  
 Aquellas son del Vierzo las montañas,  
 Y las sin afeitar puntas bermejas,  
 De sus ricas medulas las entrañas,  
 Que ya solian dorar las corvas cejas:  
 Y tú que á Carracedo el suelo bañas,  
 Y los peces produces con orejas,  
 Aunque no alcanzo á ver por donde naces,  
 La rueda vemos de cristal que haces.  
 Lago mas claro, y de agua mas corriente,  
 De jaspeadas truchas abundante,  
 Es el que Astorga allí le presta fuente,  
 Y Sanabria en su risco ve triunfante;  
 Donde á sus frescas olas eminente  
 Un bello alcázar sube, semejante  
 Al que á Neptuno entre sus reinos de agua  
 De Vul ano labró la sutil fragua.  
 Esta es Astorga, aquel su rio Orbeo,  
 Donde el poder suevo cayó en tierra  
 A los piés de un rey godo, cuyo fuego  
 Talando fue cuanto aquel mundo encierra:  
 Y el que en cristal de blanca espuma ciego  
 Al Rabanal carcome la ancha sierra  
 Es Molina, que allí de Peña en Peña  
 Por sus hondas quebradas se despeña.  
 Ved, pues, de Miño el cristalino curso  
 Con que busca la mar, y en su ribera  
 A Lugo y su muralla, que el concurso  
 De Roma la labró, y conserva entera:  
 Y en sus calientes baños el recurso  
 De la humana salud, que aun persevera  
 El muro argamasado, y ricas termas,  
 De que cargaron sus riberas yermas.  
 Adelante está Orense, á quien el griego  
 Ansiloco de Turno, afable amigo,  
 Dió cimientos y nombre, y en el fuego  
 De su ardiente agua consumió el antiguo:  
 Y Ribadavia, la que en dulce entrego  
 Sus frescas parras da, y por miel testigo  
 A Baco, que al licor de su bodega,  
 El que su taza brinda no le llega.  
 Tuy, que los amigos de Diomedes  
 Fundaron en su orilla al mismo rio,  
 Es aquella, y aquellas las paredes  
 Del real alcázar y jardin sombrío,  
 Que allí un rey godo con tejidas redes  
 De flores enramó al templado frío;  
 Y acá sobre la mar la estéril sierra,  
 Que el fin la llama el vulgo de la tierra.  
 Aquellos ricos y altos chapiteles,  
 Y torres de follajes coronadas,  
 Del rey Alfonso y sus gallegos fieles  
 De nuevo en Compostela levantadas,  
 Arcos son, claraboyas y rejales  
 Al gran patron de España consagradas,  
 Cuyo cuerpo en pronóstico dichoso  
 Su rey le descubrió en un bosque umbrroso.  
 La Coruña es aquella, y la alta torre  
 Del encantado y cuidadoso espejo,  
 Que al Brigantino puerto da y socorre  
 Con tempranos avisos y consejo:  
 Y en la ancha costa, que hácia el Norte corre,  
 El Ferrol, y Viberó por peaje  
 Gozan un fresco mar, cuyas arenas  
 Azotan los delfines y ballenas.  
 Las que dentro del golfo están cercadas  
 Por todas partes de crecientes ondas,  
 Las islas Casitérides llamadas,  
 Del blanco peltre dan masas redondas;  
 Y sus peñas en él incorporadas  
 En grutas se abren y cavernas hondas

Y él derretido en varios tornasoles  
 Por sus hornazas corre á sus crisoles.  
 Las dos Castillas, cuya fortaleza  
 Les dió el famoso nombre que hoy les dura,  
 Son las que allí dejando la aspereza  
 De las montañas buscan la llanura:  
 Esta es Segovia, donde la fineza  
 De Aragne en sus vellones mas seapura,  
 Y aquella la real puente de Trajano,  
 Y el Balsabin, ó paraíso humano:  
 Fundóla el rey Hispan de gente estraña,  
 Aunque en dichosa y favorable estrella,  
 Comenzó á tener nombre cuando España,  
 Corriendo en esto por igual con ella:  
 Sigüenza es la que allí la vista engaña,  
 Pareciendo de lejos no tan bella,  
 Como un tiempo los griegos ó almonides,  
 De muros la vistieron y de vides.  
 Aquellos son los montes de Cebreros,  
 Y Avila la que está en aquella sierra,  
 La vera de Plasencia y sus linderos,  
 La que en fresco verano allí se encierra:  
 El rio Tormes aquel, y los agüeros  
 De Salamanca, en cuya fértil tierra,  
 De aquel espeso humo rodeado,  
 Un famoso castillo está encantado.  
 Es fábrica de un sabio nigromante,  
 A honra de un español contrario mio;  
 Mas ya volved los ojos al Levante  
 A ver de Cuenca el caudaloso rio,  
 De menudos carrizos abundante,  
 Plumás á Roma un tiempo, hoy atavio  
 A sus parleras ondas, cuya arena  
 De granos de oro va y de espuma llena.  
 Allí son las veguillas de sus fuentes,  
 Y aquí de Cuenca olvida los collados,  
 Allí el rio se bebe de Cifuentes,  
 Y acá al Alcarria cruza los costados:  
 Refuerza los peñascos eminentes  
 De Zurita, y sus canes celebrados  
 Los costados le asombran con ladridos,  
 De ásperos riscos y cristal ceñidos.  
 Cargado de arboledas y frescura  
 Busca de Aranjuez los ricos valles,  
 Sus collados vistiendo de verdura,  
 Y de jazmines sus vistosas calles;  
 Y por entre florida arquitectura  
 Ufano el curso alarga, con dejalles  
 A las hayas y alisos el sonore  
 Ruido de su cristal y arenas de oro.  
 Aquí al hondo raudal del rio potente  
 Jarama en verle tal los suyos lanza,  
 Dándole sin las aguas de su fuente  
 Las que de Henares y Tajuña alcanza:  
 De á donde con grandeza suficiente  
 Soberbio se derriba y abalanza,  
 Hasta besar con reverencia y miedo  
 El pié de las murallas de Toledo.  
 Por esta cinta de cristal pequeña,  
 Blanca ceja á las márgenes floridas,  
 Que allí en revuelta van, y en crespas greña,  
 De alegres sombras sin temor vestidas,  
 El fresco Manzanares se despeña,  
 Las sienes de un eterno abril ceñidas,  
 Cuya urna fértil entre el oro mana  
 Las mieses de la tierra carpentana.  
 Y el pueblo humilde, á cuyos piés se eriza  
 De su crespó licor el rumbo hinchado,  
 Que de álamos frondosos se entapiza  
 Sus sombríos sotos y florido prado,  
 Es Madrid, donde á España profetiza  
 Con limpia estrella el favorable hado,  
 Que el tiempo le ha de dar de su tesoro  
 La monarquía del mundo en riendas de oro.  
 Cuando aquel fértil monte, ahora incullo,

Haga gemir la ilustre pesadumbre  
 De un real alcázar, que el soberbio bulto  
 Al mundo espanto dé, y á España lumbré,  
 Y en pompa insigne del divino culto  
 La firme basa estribe en su techumbre,  
 Y sea contra el tiempo y la fortuna  
 De la romana Iglesia la coluna;  
 O ya al futuro siglo prenda hermosa,  
 Donde de España, y de ambas las Castillas,  
 El rico tiempo en vuelta presurosa  
 Eterno trono labra en tus orillas:  
 Desta que ha de venir edad dichosa  
 Mil años goces, goces de sus sillás,  
 Y aquellas magestades sacrosantas,  
 Que ya contemplo entre tus verdes plantas.  
 Aquel globo de luz que de allí envía  
 Centellas de oro, y como nube roja  
 Donde ya se escondió el pintor del día,  
 Relámpagos de fuego al aire arroja.  
 Es claustro santo de una imágen pia,  
 Que de la guerra la mortal congoja,  
 Y el zeloso temor del moro airado  
 De aquel bosque escondió en lo mas guardado.  
 Mas, ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!  
 ¡Madre del hijo en todo sin segundo!  
 Ya en honra de ambos desde aquí contemplo  
 Un altar de inmortal fuego fecundo,  
 Donde entre cimbras de un soberbio templo  
 Incienso ofrezca lo mejor del mundo,  
 Y de ella humilde Atocha á la vislumbre  
 Lámparas de oro den inmortal lumbré.  
 Mas ved de aquellos fértiles rastros  
 Las varias flores de que están manchados,  
 Que ahora en fe las brotan á manojos,  
 De que han de ser por ángeles labrados:  
 Cuando á la blanca mies sus granos rojos  
 Del cielo le cultiven los arados,  
 Y sus terrones siembren de centellas  
 Rejas que fueron otro tiempo estrellas.  
 Es cierto que arará este fértil llano  
 Isidro, un labrador, á cuyo celo  
 De su milicia y pueblo cortesano  
 Yuntas que aren por él prestará el cielo.  
 Con que así Manzanares corra ufano,  
 Que su inmortal corona adore el suelo,  
 Y él levantada su gallarda frente  
 Al Tajo humille, y crezca la corriente.  
 Con que en curso feliz vuelto al Poniente  
 De Estremadura busca los rincones,  
 Y en porcelanas de barniz luciente  
 Talavera le ofrece ricos dones:  
 Ve de Almaraz la antigua y corva puente,  
 De Alconeta los arcos, los blasones  
 De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,  
 Y él en herencia dió su nombre al rio.  
 Aquellos graves y altos edificios,  
 De torreadas almenas coronados,  
 Son los que ya con griegos artificios  
 Dejó el prudente Ulises amasados:  
 Y de aquella ancha playa los bullicios  
 Que los cristales muestran encrespados,  
 La rica puerta al mar, y el fértil dejo  
 Del aurífero Tajo vuelto en tejo.  
 Mas ya volved la vista á la otra parte  
 De aquellos campos de tejido acero,  
 Y quien nombre dará el sangriento Marte  
 Con timbre ilustre al siglo venidero:  
 Calatrava, y Montiel, en quien si el arte  
 De Merlin no se engaña, un rey severo,  
 Que él allí llama tragadora arpia,  
 Morirá á manos de su hermano un día.  
 Aquella verde mancha de hermosura,  
 Que allí corre en floridos arcos bella  
 Es la que heredó el nombre y la frescura  
 De las manchadas flores que hay en ella:



Del claro Javalon el agua pura  
Allí entre juncia y concha va, y aquella  
Es la célebre Oreta, cuyos llanos  
Los pueblos ocuparon oretanos.

En su rastro quedó la antigua ermita,  
Que ya Roma labró en su puente al rio,  
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,  
De conchas lleno va, juncia y rocío:  
Allí Almagro nos da su agua esquisita,  
Y la Nava el suave licor frio,  
Que en dulce gusto el agrio que destila  
La hijada sana, el bazo desopila.

De aquel valle amenísimo de peñas,  
Ahora humildes chozas de pastores,  
Que el claro Javalon las verdes greñas  
De rosas viste, y de pintadas flores,  
Un cisne nacerá de alas pequeñas,  
Que si el tiempo las llega á ser mayores,  
La fama hará dellas, por memoria  
Del valor vuestro, una inmortal historia.

Ya en mi esperanza el tierno fruto veo  
De dos mirtos salir parto fecundo,  
Y del sol imitando el gran rodeo  
Los golfos desyolver del mar profundo;  
Y por colmo á mi altísimo deseo  
Cruzar le veo el Viejo y Nuevo Mundo,  
Juntando de ambos para el grave acento  
Lo de mayor substancia y fundamento.

Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas  
Que á Guadiana dan principio y fuente,  
Y ellas con sus molinos y aguas brunas,  
Parda harina y lóbrega corriente,  
Allí se embeben sin quedar ningunas,  
Y haciendo rio á la enterrada gente  
Van largo trecho por debajo el mundo  
A fundar fuente y manantial segundo.

Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,  
Y acá su pueblo en opinion contrario,  
Que el hado adverso al celestial caudillo  
Pleito á sus campos repartió ordinario:  
Los arruinados muros de ladrillo  
Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,  
Allí, si aun viva guarda su grandeza,  
Mérida los levanta en la cabeza.

La paz Augusta es la á quien luego toca  
Del rio falaz el curso cristalino,  
Y de allí en Portugal de roca en roca  
Huye al Algarbe, y busca el mar vecino:  
Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,  
Y el que adelante está Castromarino,  
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente  
De Portugal la costa del Poniente.

Acá son los algarbes de Algecira,  
Y aquel su rico estrecho celebrado,  
Por allí Guadalete en torno gira  
Un campo, aunque florido, desdichado:  
Y el que en sus transparentes senos mira  
Pinos y olivas de que va cargado,  
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,  
Que á besar de su torre el pié se humilla,

Primero se llamó Betis, y ahora  
Guadalquivir á su pesar se llama,  
Que el moro pueblo que sus campos mora  
Creció su nombre, y descreció su fama;  
Y con la misma infancia que desdora  
Su voz el resto de Castilla infama,  
Castilla, cuyo reino, y cuyos reyes  
Al mundo han de poner y quitar leyes.

Mas ya volved al reino de Valencia  
Los ojos, y á sus golfos de Levante,  
Cuyos bellos jardines en presencia  
Son de un mayo inmortal parto abundante:  
Esta de su ancho Grao es la escelencia,  
Y Guadalabiar el que triunfante  
Se arroja al hondo mar, que entre sus olas

Rodea á Mallorca de islas españolas.

De Ibiza y Formentera los pinares  
Allí las nubes buscan con su altura,  
Y tímidos conejos, que á millares  
De sus bosques carcomen la frescura:  
En aire, en suelo, en temple singulares,  
Y la que al Norte está entre niebla oscura,  
Es donde el cielo por manera estraña  
Todo el veneno desterró de España.

Aquel es el rio Júcar, que al contrario  
Del Tago nace de su misma sierra,  
Y por torcida senda y curso vario  
De Castilla á Valencia se destierra:  
Allí en Huéllamo nace, aquí voltario  
A Cuenca dentro de su rosca encierra,  
Hace á Alarcon fortísima muralla,  
Y por Villena humilde cruza y calla.

Allí á Alcira rodea, firme llave  
Del reino, y el que corre en aquel llano  
Es Bayren, que de blanco azúcar sabe  
Nevar á tiempo el suelo valenciano:  
Los panales de Bejar, que en suave  
Golpe de miel convierten el verano,  
Aquellos son, y aquellos los tomillos  
De que hacen las abejas sus castillos.

Dióle este rio su nombre al mar Sucrense  
De Suco, que fue el suyo: allí es Gandía,  
Y Denia aquí, en que la nacion focense  
El templo tuvo que Efeso tenia;  
Y deste pueblo un mágico ateniense,  
Que el Planisferio de Merlin sabia,  
Al tiempo venidero dió por nuevas,  
Que veria dos monarcas en sus cuevas.

Allí están las dulzuras de Alicante,  
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,  
De Caravana allí la agua abundante  
De peces nace destrozados llena:  
Lorca y Velez el Rubio están delante,  
Huesca, y el fértil campo de Purchena,  
Y aquellos los diamantes de Almería,  
Que son estrellas cuando nace el dia.

Allí de Loja la sabrosa fuente  
Sale alegrando al mundo, acullá Baza  
De un hondo valle á su licor caliente  
Florida forma y peregrina taza:  
Guadix, que á los vergeles del Oriente  
En flores vence, tiene allí su plaza,  
Con el rio de la vida al muro enjerto,  
De almendras todo y de azahar cubierto.

Allí helados zodiacos invernizos  
Sin igual da en dulzura y en grandeza,  
Y aquí vinos claretos y mestizos,  
Estremos de alegría y fortaleza:  
Aquellos son los baños y carrizos  
De Alhama arrebolados de belleza,  
Y allí los de Alcuin mas singulares,  
Y aquellos los madroños de Comares.

Allí están los jardines de Granada,  
Y de su Alhambra allí los chapiteles,  
Aquella áspera sierra es la Nevada,  
Y de sus Alpujarras los vergeles:  
Málaga con su Axarquia matizada  
Cubierta da la playa de bajeles,  
Y aquellas torres que se ven de claro  
De su Alcazaba son, y Gibralfaro.

La que sobre aquel monte se descubre  
La ciudad es famosa de Antequera,  
Y aquel risco la fuente que la cubre  
De agua, y fértil cosecha su ribera:  
Su gran salina la que allí se encubre,  
Y su canal de eterna primavera,  
La que cercada allí de Saxifraga,  
Dando siempre salud jamás la estraga.

Allí están los alumbres de Marbella,  
Y de su bella mar el firme puerto,

Ronda, y su Guadiaro rio con ella  
Es el que cruza por allí en abierto:  
La ciudad nueva de Algecira aquella,  
Y aquel el paso que Hércules dió abierto  
Con su fornida clava á los dos mares,  
Y aquellas sus columnas y pilares.

Allí muestran ahora el fin del mundo,  
Mas ya están por el cielo decretadas,  
A que serán de un Hércules segundo  
Sin segundo á otro mundo trasladadas,  
Cuando los golfos deste mar profundo  
Mil flotas sobre sí verán sembradas,  
Y acometidos de cualquiera barco,  
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.

Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo  
Templos de Alcides, y sus cortas gentes  
Pozos labraron, que contrarios tuvo  
La mar á sus manguantes y crecientes:  
Allí sembrado en el sepulcro estubo,  
Que guarda de Gerion los descendientes,  
Un árbol, que de humana sangre lleno,  
Cubria de triste sombra el valle ameno.

El otro altivo y descollado risco  
De blanca escarcha de azahar nevado,  
Y de encarnadas rosas y lentisco,  
Y carmesies claveles salpicado,

Que en el reino cristiano y el morisco  
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,  
Es Zahara su nombre, y su belleza  
Lo último de hermosura y fortaleza.

El que allí de las rosas de su falda  
Entre jazmines se destila y nace,  
Y en sus riberas hechas de esmeralda  
Una iris bella con sus vueltas hace,  
Es el rio Guadalete, y su guirnalda  
La que á mayo en sus orlas contrahace,  
A donde dió de la fortuna el codo  
El último desden al valor godo.

Allí ciñe á Jerez, y hace frontera  
A un muro de diestrísimos ginetes,  
Y aquí de Baco y Ceres placentera  
Sus campos son alfombras y tapetes:  
Entapiza sus riscos por de fuera  
Mayo con sus floridos gallardetes,  
Que al descolgar del abundante agosto  
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.

Mas ya estotro rincon que solo queda  
Por ver de España á voces nos convida,  
Que en él cerremos la gallarda rueda  
En que va á su grandeza y pompa unida:  
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,  
Y de la que con ellas está asida,



El claro Betis argentada espuma,  
Que es primer cero de su inmensa suma.  
Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,  
Oh rey Morgante, dió castillo y muro,  
Y la que yerta va á la diestra mano,

De árboles llena, breña y monte oscuro,  
La alta preñez del monte Mariano,  
Estofada de plata y oro puro,  
De rojo cobre y bermellon los riscos,  
Y de grana nevados sus lentiscos.



Allí es Linares, que el Parnaso antiguo  
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro  
El que encima la frente por su abrigo  
Un castillo labró y forjó de hierro:  
El puerto Muradal es el que digo,  
Donde, si un punto de Merlín no yerro,  
Degollaran mas moros en un día,  
Que á España dé en cien años Berberia.

Bilches, que fue un jayan, hoy encantado  
Encima aquel pináculo parece,  
Y el limpio arroyo de cristal nevado,  
Que cual veis nace allí, y aquí fenece,  
Será Guadalimar, que el un costado  
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece  
Entre una ola y otra al disimulo  
Las ruinas y destrozos de Castulo.

Por medio de ambas alza la cabeza  
Aquella tierra fértil y florida,  
Donde se ajusta de Úbeda y Baeza  
Con cadenas de flores la medida:  
Allí cayó por tierra la braveza  
De Africa, y la de Roma agradecida  
Le dió nombre y almenas por sus manos  
En los soberbios pueblos oretanos.

Aquellos riscos que al nacer el día  
La luz le toman y á la aurora el paso,  
Y en puntas sus pirámides envía  
El que está de los dos al turbio ocaso,  
Son donde ya Castaon ser solía,  
Y ahora Cazorla está, que en día escaso  
Goza el verano, y su encumbrada breña  
Al sol le asombra la dorada greña.

Aquel cristal, verdura y chapiteles  
Que allí coronan de oro una alta cumbre,  
De torres, de balcones, de rejales  
Cargada su soberbia pesadumbre,  
Son de Jaen las fuentes y verjeles,  
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;  
Y allí es Andújar, cuya alegre caza  
Examina al lebre de mejor raza.

La fértil sierra, donde el cielo quiso  
Por los riscos fundar y ásperas breñas  
A los ojos del mundo un paraíso,  
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,  
Es la que allí se engarza de improviso,  
Cuyos jardines y floridas greñas,  
Entre cedros, olivos y parrales  
Bellos cuadros componen celestiales.

Es una alegre piña de frescuras,  
Florido y concertado ramillete,  
Que sin tierra nacido en peñas duras  
Al mundo sirve de inmortal pebete:  
Nieva el tierno azahar verdes alturas,  
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete  
De lentisco y retamas, y por ellas  
Las rubias cidras, y toronjas bellas.

Allí los persas dieron por sus manos  
A su grandeza los primeros muros,  
Que despues destruyeron los romanos,  
Y abrieron de cimientos mal seguros:  
Aquí de Ategua los collados sanos  
Guadajós rompe con cristales puros,  
Y es la que por allí campea Baena,  
De ricos granos y granadas llena.

Las torres de Santella y Bujalance  
Del gran reino de Ceres son aquellas:  
Allí á Betis le da Genil alcance,  
Y á Ecija moja las almenas bellas;  
Donde en mortal se vió y temido trance  
Un escudron divino de doncellas,  
Que por guardarse intactas á su esposo  
La tez mancharon de su rostro hermoso.

Aquellas son las ruedas sonoras  
De sus azudas, y estas las canales,  
Por donde en crespas olas espumosas

Los surcos humedecen sus cristales:  
Allí Parma y Carmona aguas vistosas  
A sus flores encañan y frutales,  
Y aquella es la pomposa cañería  
Que agua á las plazas de Sevilla envía:

La famosa ciudad que Alcides quiso  
Contra el gusto fundar de un agorero,  
Y la que Hispal fundó en hado preciso,  
Feliz estrella, y venturoso agüero:  
Y de su torre el levantado friso,  
Que por el aire rompe y vuela entero  
A esconder su Giralda en una nube,  
Es la que allí alegrando el mundo sube.

Con cinta de cristal por hemisferio  
En dos mitades la divide el rio:  
Itálica fué allí, que dió al imperio  
Monarcas en un tiempo y señorío;  
Y Utrera en substancioso refrigerio  
De sazonado pan le aumenta el brio:  
Y el Ajarafe rico en mas deleite  
Con su verde aceituna, y rubio aceite.

Guadalquivir allí en vuelta prolíja  
Una isla hizo antigua celebrada,  
Que á los pintados pueblos de Lebríja  
Templo les tuvo, y torre levantada;  
Donde el bastardo hijo de la hija  
Del griego Cadmo la dejó fundada  
Del grave rio en el raudal agudo,  
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento  
En puesto y en valor se hace eminente,  
Grave, y nunca vencido alojamiento  
De una tasada y combatida gente:  
Contra el romano ejército sangriento  
Campo mantuvo y ánimo valiente  
Por largos años, cuya fuerza pudo  
De sus espadas defender su escudo.

Mas desahuciada ya la resistencia  
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,  
Y que del largo cerco la inclemencia  
La victoria otorgaba al enemigo;  
Arrestados de bárbara impaciencia,  
Poniendo al mundo en ella por testigo,  
Las puertas abren, dejan las murallas  
Los que han sobrado á las demás batallas:

Y en repentina cólera abrasada  
La noble sangre de sus firmes pechos,  
Las armas toman, y una tropa osada  
Van contra el enemigo campo hechos,  
A morir de una vez, ó dar vengada  
La ofensa de sus muros ya deshechos;  
Y el arrojado asalto fue de modo,  
Que en confuso tropel lo alteró todo:

Y sin dejar de todos hombre vivo,  
Ni menos que primero no matase,  
Su roto campo el general esquivo  
Al desierto lugar manda que pase;  
Y con asalto nuevo el muro altivo,  
Que sin defensa y gente está, se arrase,  
Y haga el saco y leyes de la guerra  
De la romana hambre cuanto encierra.

Entran llevados de la sed del oro,  
Cuando en la plaza una funesta hoguera  
Ardiendo en ella hallan el tesoro,  
Que el premio injusto de sus riñas era:  
Suben del humo en rechinar sonoro  
Globos en que la llama reverbera,  
Mostrando entre sus olas y bullicio  
Las victimas del nuevo sacrificio.

Los que antes por guardar el fragil muro  
Entre niños quedaron y mujeres,  
Ardiendo hallaron en el humo obscuro  
Del fuego que abrasaba sus haberes:  
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,  
Que eran derramar sangre sus placeres,

Dejaron que en su cruel intento fijos  
Tras sus padres matasen á sus hijos.  
Asombrado quedó el furor romano  
Del no esperado bárbaro suceso,  
Y dejándose el pueblo entero y sano  
Huyó, y al huir mandó con bando espreso,  
Que nadie en sus despojos ponga mano,  
Mas que su alcázar y su muro ileso  
Al mundo eterno por coluna quede  
Desta victoria, y lo que España puede.»

Así el sabio francés volando abría  
Camino por las nubes con su barco,  
Que ya por cima el Betis revolvia  
La proa á ver de Océano el gran charco,  
Y un nuevo curso comenzar quería,  
Que al mundo haga con su vuelta un arco,  
Y como el sol en su carroza bella  
Le ciña en torno tras los rastros della.

Cuando de Persia el rey, que en gusto atento  
De la abrosa historia iba colgado,  
Y sin perder acción ni movimiento,  
En su sabio discurso embelesado,  
Alegre al discurrir del dulce viento,  
« Señor, le dijo, ¿ pues habeis tomado  
Por gusto nuestro tan hermosa punta,  
Satisfacedme ahora una pregunta.

He oido que hay dudosas opiniones  
De sabios hombres, y de cuerda gente,  
Que tienen por soñadas invenciones  
Los que Antípodas llama el vulgo ausente:  
Y que de cinco, solas dos regiones  
El mundo goza en temple suficiente  
De poderse habitar, y el demás suelo,  
O lo abrasa el calor, ó abruma el velo.

Deseo saber ¿ si el Orion armado  
Dejó tal día de cernir su nieve?  
¿ Si el frio Bootes tiene el mar cuajado;  
O cual los otros él sus ondas mueve?  
¿ Si el Sirio Can en llamas abrasado,  
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,  
Tiene algun temple en su tostada estrella,  
O siempre humean los carbonos della?

¿ Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿ dónde  
Sus olas hallan término y ribera?  
¿ Adonde el sol, cuando de aquí se esconde,  
Con sus dorados rayos reverbera!  
¿ Si es de creer que allí la luna ronde  
En perpetuo silencio y noche entera?  
¿ O el día le de lumbre y luz diversa? »

Dijo, y el sabio así respondió al persa:  
« Ha estado en opinion, y lo está ahora.  
¿ Si hay otro mundo mas que aquí parece,  
O si es gente soñada la que mora  
Donde ni el día crece ni descrece?  
¿ Si hay pueblos adelante de la aurora,  
Y el sol á otras naciones amanece?  
¿ O cuando esconde aquí su luz divina  
Es todo soledad cuanto camina? »

¿ Si en el aire la tierra está colgada,  
Y por abajo la rodea el cielo?  
¿ Si anda la gente en ella trastornada,  
Y es posible tenerse en aquel suelo?  
¿ Si es region firme, ó solo imaginada?  
¿ O si el rojo calor, ó el blanco yelo  
Con su rigor la tienen consumida,  
Sin cosa en ella que sustente vida? »

Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,  
Que al ancho mundo en torno le abrazaba  
Un vacío de inmenso circuito,  
A quien llegando sin pasar paraba,  
Y en que podía volar tiempo infinito,  
Quien se arroja á su profunda cava,  
Sin le hallar eternamente suelo,  
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

Otro que estaba, dijo, sobre Atlante

La columna que al cielo sostenía,  
Y que la tierra y mar de allí adelante  
Con rojo fuego en su calor hervía:  
Y para hacer mas mundo en lo restante  
Otras varias quimeras componía  
De sombríos centauros y dragones,  
Pigmeos menudos, y anchos patagones.

Son fábulas del vulgo así admitidas,  
Que tiene por error verlas dudadas,  
De ignorancia engendradas y nacidas,  
Y con la larga edad acreditadas:  
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas  
Las gentes que detrás del mar sentadas  
Aparte hacen su mundo y vida ahora,  
Y nuestra noche tienen por aurora.

Entonces se verá, que aunque colgada  
La tierra tenga el aire, está sujeta  
A ser de humanos piés toda pisada,  
En firme globo de igualdad perfecta:  
Y llegará esta edad de oro cargada,  
El día que España á hierro y fuego meta  
La grave carga que ahora le hace guerra,  
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

Entonces sus banderas victoriosas,  
Llevando al sol por relumbrante guía,  
Tremolando darán sombras vistosas,  
Donde se acaba y donde nace el día:  
Verán pueblos y gentes monstruosas,  
Y descubriendo cuanto el mar cubría,  
Podrán decir que hallaron y vencieron  
Mas mundo que otros entender supieron.

Verán nuevas estrellas en el cielo,  
Nuevos árboles, plantas y animales,  
Y lleno un abundante y fértil suelo  
De ricas pastas, de ásperos metales:  
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,  
Que con su cebo pesca hombres mortales,  
De cuyo gran tesoro sus armadas  
Cada año á España volverán cargadas.

Y porque no se tengan por ficciones  
De blanda cama y sueño concebidas,  
Y que la tierra tiene otras regiones  
A un santo rey guardadas y escondidas,  
Quiero á pesar del hado y sus prisiones  
Romper las nieblas de que están vestidas,  
Y hacer antes de tiempo si es posible,  
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

Y porque en presto aliento y vista aguda  
El Nuevo Mundo os muestre su belleza,  
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,  
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;  
La parda raíz desta encantada ruda  
Su luz os prestará y su fortaleza,  
Y deste verso harán los puntos rojos,  
Que mas sean que de lince vuestros ojos.»

Dijo, y rumiando en sí de cuando en cuando  
De oculta ciencia nombres poderosos,  
Obedeciendo el aire fue aclarando  
De su esfera los senos mas nublosos:  
Y unos antojos de cristal forjando,  
De lunas y de cercos milagrosos,  
Así avivó con ellos sus sentidos,  
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo  
Con que el veloz navío le seguía,  
A dar la nueva al encubierto suelo  
De su viaje descendido había;  
Y por su ausencia el enlutado cielo,  
Cuajándose de varia pedrería,  
A festejar la blanca luna bella  
Aquí salía un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosura  
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas  
Vivas centellas, que en la noche obscura  
La luna rondan que camina entre ellas:



Mas á los que se acercan á su altura,  
Así se muestran en grandeza bellas,  
Que ya no son estrellas, mas sin cuento  
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,  
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,  
Mas que el aire delgada y mas liviana,  
Sin impresion ni alteracion ninguna,  
Por donde vuela el sol cada mañana,  
Y las estrellas corren tras la luna,  
Como las aves por el fresco viento  
En vuelo igual, y sesgo movimiento.

Así las islas Cíanes moverse  
Solian sobre el Bósforo de Tracia,  
Y con nuevas riberas estenderse  
Hacia el crespó Carambe, ó la Sarmacia;  
Y sin hundir las olas, ni esconderse,  
Medir con su inconstante pertinacia  
Del un polo y del otro las anchuras,  
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo  
Volando vemos ir sus globos de oro,  
O bien como ahora en sosegado vuelo,  
O cual sospechan en cantar sonoro,  
Lloviendo en harajado curso al suelo  
De sus varias vislumbres el tesoro,  
Y midiendo los años y los dias  
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

#### ALEGORIA.

En este libro, epilogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud, mas consistió en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

#### LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndese el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

IBA el barco tan alto, que pudiera  
Aferrar con el áncora en la luna,  
Y tomar puerto en ella, si quisiera  
Ver el mudable reino de fortuna;  
Y no allí solo, en sola aquella esfera,  
Mas en todas pudiera de una en una,  
Que como islas doradas á porfia,  
Que nacia unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas  
De la bárbara Peucen, si el camino  
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,  
A ver de Chio el regalado vino,  
Las Cícladas les van naciendo enteras  
Por el golfo á su estrecho mas vecino:  
Aqui Scirno, allí Lesbos, allá Amato,  
Y el Naxo puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así al cubrirse el dia  
Islas se fueron descubriendo de oro,  
La húmeda luna, la montaña fria  
De Saturno, y de Venus el tesoro,  
Su lucero amasado de alegría,  
De Marte el ronco estrépito sonoro,

Y la mayor fortuna que en su cumbre  
Joviales rayos da de alegre lumbre.

El sabio que en los ángulos del cielo  
Tan cerca vió la celestial milicia,  
De oír el son de su compuesto vuelo,  
Y ver sus globos de oro se acudicia:  
Y ya perdiendo de la vista el suelo,  
Del mundo superior dió así noticia,  
A aquellos que primero de la tierra  
Las pobrezaas contó que su orbe encierra.

¿A quién no admira tu saber profundo,  
Oh arquitecto de amor, rey soberano,  
Si el uno considera y otro mundo  
Divina traza de tu heroica mano?

¿El dulce contrapuesto amor fecundo,  
De su engage inmortal nudo galano,  
Conque su bien medida arquitectura,  
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?

¿Este reloj de universal concierto,  
En ruedas, cursos y ejes tan medido,  
Que al sabio punto del primer acierto,  
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,  
A quien no admira, y deja descubierta  
De su autor el saber nunca sabido,  
Que ser le dió en su idea antes que fuese,  
Ni una esfera tras otra se moviese?

Allí estrellas labró, allí movimientos,  
Cielos, luces, planetas, conjunciones,  
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,  
Puntas, gozos, caída, esaltaciones,  
Casas, orbes, apogios, decrementos,  
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,  
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,  
Climas, ruedas, esferas, y ascensiones.

El firme engage y armonia de cosas,  
Tan á plomo y compas encadenadas,  
Sin que haya una demás, todas forzadas  
A conservar un mundo enderezadas:  
En esto con sus vueltas presurosas  
A todos tiempos y horas ocupadas,  
Produciendo conforme á sus aspectos  
Una infinita variedad de efectos.

Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,  
Todas las cosas fueran de un tamaño;  
O siempre otoño, invierno, ó primavera,  
O todo plata, cobre, ó todo estaño:  
Nada se renovara, ni muriera,  
Ni en mil edades se acabara un año,  
Y el mundo en rueda fuera una pintura  
De unos mismos dibujos y figura.

A este fin el segundo movimiento  
Fue á las humanas cosas necesario,  
En que hacen debajo el firmamento  
Siete ruedas de luz curso contrario;  
Y mudando de casas y de asiento  
Un concurso revuelven ordinario,  
Con que del suelo las alegres vidas  
Unas ganadas van, y otras perdidas.

Lo que Saturno rompe y menoscaba,  
Júpiter lo reforma y consolida,  
A Marte temple la aspereza brava  
Del sol la antorcha de cristal lucida:  
Alegre Venus, y Mercurio agrava,  
El bien ó el mal; la luna repartida  
En mil rostros ayuda y favorece,  
Y así la variedad del mundo crece.

Estos aspectos, estas mutaciones  
De signos y planetas diferentes,  
La variedad nos dan de inclinaciones,  
Y sucesos del mundo y de sus gentes:  
Ciencias, habilidades, gracias, dones,  
Pechos villanos, ánimos valientes,  
Fuerza, disposicion, brio y belleza,  
Rica abundancia, y áspera pobreza.

Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmín, y crece la azucena,  
El ambar nace, y los demás olores  
La tierra dejan de perfumes llena:  
El hierro, plata, el oro, y las mejores  
Perlas que dió la mar, y vió su arena,  
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,  
Destas mudanzas toman sus corrientes.

Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera  
Sombrio desierto, claustro tenebroso  
Con el invierno es, y ahí la primavera  
Vergel florido, y campo deleitoso:  
¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera  
Su edificio se hizo milagroso?  
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba  
El gran saber que su beldad pintaba?

De lo que fue en los siglos eternos,  
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,  
¿Qué razon se hallará entre los mortales?  
¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?  
¿En qué cimiento, sobre qué puntales  
A la tierra se dió asiento medido?  
Al enarcar las bóvedas del cielo,  
¿Quién sus cimbrias trazó? ¿quién dió el modelo?

¿De qué veta salió la pederria  
Que en ellas desde acá vemos sembrada?

¿De qué conchuela de oro nació el dia?  
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?  
El alba, y sus celajes de alegría,  
¿De qué pasta de nacar fue amasada?  
¿De qué sutil y soberano aliento  
El aire adelgazó, y respiró el viento?

¿De qué limpio cristal el agua pura  
Su licor destiló fresco y suave?  
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,  
Y sus alientos de volar al ave?  
¿Desta inmortal lazada la hermosura  
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe  
Su duracion, el tiempo que le queda,  
Y cuantas vueltas faltan á su rueda?

Si ya quisiese el brazo soberano,  
Que aun lo que ser no tiene le obedece,  
Deshacer con la fuerza de su mano  
El mundo, y cuanto en él crece y descrece,  
Y lo visible vuelto en aire vano,  
Si huyendo de su ser desaparece,  
Porque gusta de hacerlo de otro modo,  
Siéndole fácil y posible todo;

Quando esta inmensa máquina abreviada  
Hubiese á su primer no ser venido,  
Y con divinas fuerzas apretada



A un punto indivisible reducido:  
Lo que ahora vive, convertido en nada,  
¿A qué nuevo lugar se habria huido?  
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,

¿Quién llevaria las nuevas al segundo?  
¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?..  
¿Oh lo que puede un levantar al cielo  
Los ojos! que el gran bien que dentro mora